

Cuando Dios llama

Dr. Justo L. González



Seminario Nacional Presbiteriano de México
10 de mayo de 2012

Cuando Dios llama

Lectura bíblica: 1 Pedro 2: 9-10a

Pero vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable. Vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, ahora sois pueblo de Dios.

La diversidad de quienes estamos aquí reunidos es sorprendente. Hay entre nosotros varones y mujeres, niños y ancianos, ricos y pobres. Hay personas que han vivido toda la vida en la iglesia, y hay otras para quienes estos días marcan sus primeros pasos en la fe. Si esta iglesia es como tantas otras que he conocido, habrá también muchas personas que han venido porque de veras están comprometidas con la vida de la iglesia, y otras que han venido por una combinación de fe y compromiso, por complacer a alguien, por ver a una muchacha que les gusta. Muchos verán en este servicio un momento de profundo significado; y otros se preguntarán cuán largo será. Somos muchos, todos diferentes—altos y bajos, jóvenes y viejos, pobres y ricos, varones y mujeres.

Pero, por sorprendente que nos parezca, tenemos una cosa en común. Todos, sepámoslo o no, todos, todas, estamos siendo llamados por el Señor. Quizá no sepamos a qué el Señor nos llama. Quizá ni siquiera sepamos que nos llama. Quizá preferiríamos ni siquiera pensar que nos

llama. Pero el hecho innegable, la realidad que nos une a todas las personas aquí reunidas, es que estamos siendo llamados.

Estamos siendo llamados, en primer lugar, porque nada ni nadie existe sin que Dios le llame a la existencia. El Evangelio de Juan lo dice bien claro: sin el Verbo de Dios, sin la Palabra de Dios, nada de cuanto existe podría existir. Todo cuanto existe ha sido llamado por Dios a la existencia.

El mismo Dios que dijo, "sea la luz", y la luz fue, es el Dios que un día dijo "sea Esteban", y Esteban fue; "sea María", y María fue; "sea Gabriela", y Gabriela fue. Y hasta el día de hoy, y en cada uno de nuestros días, somos, existimos, porque Dios nos sigue sosteniendo en la existencia con su Palabra creadora, que cada mañana y a cada instante dice y repite: "sea Esteban, sea María, sea Gabriela."

En breve, que la existencia misma es un llamado de Dios. Nuestro Dios es el que llama a la luz en medio de las tinieblas, y la luz salta a la existencia; el que llamó a Juan y a Esteban y a María de las tinieblas del no ser a la luz admirable de la existencia.

Pero la idea misma de llamado implica propósito. Recuerdo que, cuando de niño mi mamá me llamaba, la pregunta que yo me hacía era para qué me llamaba. Quizá quería regañarme, o quizá felicitarme por algo, o quizá recordarme que la cama estaba todavía sin tender, o quizá quería que yo dejara de hacer lo que estaba haciendo. Pero en todo caso, siempre me llamaba para algo.

Lo mismo sucede con el llamado de Dios. Dios no nos llama a la existencia por gusto, sino *para* algo. El llamado tiene propósito, tiene dirección.

Y esto a su vez quiere decir que la pregunta más importante que como cristianos debemos hacernos no es tanto cómo, sino para qué. En estos días se discute mucho sobre cómo es que hizo Dios al mundo, cómo es que hizo al ser humano, etc. Allá donde yo vivo hay iglesias que quieren que se legisle contra la enseñanza de la teoría de la evolución en las escuelas públicas. Dicen que el relato bíblico nos dice cómo fue que Dios hizo el mundo, y que la ciencia no tiene más que decir. Claro está, se olvidan de que en el Génesis hay dos relatos de la creación; que en uno Dios hace primero al ser humano, varón y mujer, mientras en el otro Dios hace primero al

varón, luego a los animales, y por último a la mujer. Luego, lo que llaman el relato bíblico es en realidad una combinación de relatos que ellos mismos han hecho. Pero no es eso lo que ha de preocuparnos.

Lo que de veras ha de preocuparnos es que en toda esa discusión nos olvidamos de que la Biblia no se interesa tanto en el cómo, como en el para qué. Nos peleamos unos con otros, discutiendo si Dios hizo el mundo en siete días o en siete mil millones de años, y se nos olvida que Dios nos hizo *para que* practiquemos el amor, *para que* hagamos justicia, *para que* busquemos la paz. Nos gusta mucho decir que somos cristianos, que el Señor nos ha salvado; pero no nos interesa tanto escuchar acerca de *para qué* es que Dios nos ha salvado. En la iglesia misma, nos gusta mucho decir que somos "linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios". Pero muchas veces se nos olvida que Dios nos ha hecho todo esto "*para que* anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable." (Y nótese aquí lo que decíamos antes del Señor que llama a la luz de en medio de las tinieblas, y a Esteban de la no existencia: nos "llamó de las tinieblas a su luz admirable".)

Si bien se le mira, la pregunta fundamental en la vida no es cómo, ni por qué, sino *para qué*. Si alguien me da un martillo, lo más importante no es que yo sepa cómo lo fabricaron, ni cómo es que la cabeza está unida al cabo. Lo más importante es que yo sepa que el martillo es para clavar. Y que, sabiendo que es para clavar, aprenda a usarlo para el propósito para el cual fue hecho. Si sé mucho acerca de cómo se fabricó el martillo, de dónde fueron a buscar la madera para el cabo, de qué metal está hecha la cabeza, en qué país y quiénes lo fabricaron, todo eso puede ser muy interesante. Pero, por muy interesante que sea, no me ayuda un ápice cuando llega el momento de juntar dos tablas con un clavo.

¿Para qué nos llamó Dios del no ser a la existencia? ¿Para qué nos llamó esta mañana, y nos llama cada día y cada segundo, a esta existencia que depende sólo de él? ¿Para qué nos llamó a ser parte de este linaje escogido, de este real sacerdocio, de esta nación santa? ¿Para qué nos adquirió?

Una vez más, por muy diferentes que seamos unos de otros, todos tenemos una cosa en común: todos hemos sido llamados; todos estamos siendo llamados. El hecho mismo de que

existimos se debe a que Dios nos ha llamado a la existencia, como el hecho de que la luz existe se debe a que Dios la llamó a la existencia.

Pero no hemos sido llamados sólo a la existencia, sino también a la fe. Es por eso que estamos aquí. Nosotros y nosotras, a quienes Dios ha llamado a la fe, quienes antes no éramos pueblo, a quienes nuestro Señor ha hecho "linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios".

Eso es la iglesia: "linaje escogido, real sacerdocio". Mucho antes, Dios le había prometido a Israel que sería un pueblo de "reyes y sacerdotes". Esto no quiere decir que el pueblo tendría reyes y sacerdotes, sino que todo el pueblo sería un sacerdocio real —o, si se quiere, una realiza sacerdotal.

Digo que eso es la iglesia, porque no debemos olvidar que en cuanto a sus sujetos el pasaje que estudiamos está en plural. Pero en cuanto a su objeto, en cuanto al resultado, está en singular.

En plural: "*Vosotros* sois linaje escogido". Dios ha hecho de nosotros un solo linaje, un solo

sacerdocio, una sola realeza. La fe cristiana no se vive ni se puede vivir privada ni sólo individualmente. Ciertamente, la fe tiene una dimensión personal y privada. Pero si se queda en eso no es la fe que este pasaje anuncia. La fe cristiana es comunitaria. Bien lo dijo Juan Wesley: "un santo solitario es una contradicción", porque "la fe cristiana es una fe social". Y bien lo dice este pasaje: "real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido". Un real sacerdocio; una nación santa; un pueblo adquirido".

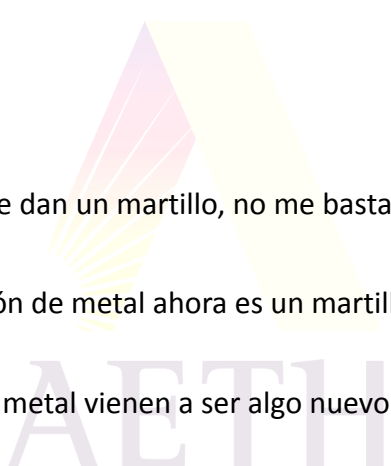
Y eso quiero decir que el llamado de Dios requiere cambios en las personas llamadas. Un pedazo de madera y un poco de metal no pueden juntarse para venir a ser un martillo. Lo que es más, de por sí un pedazo de madera sin trabajar no puede unirse a un poco de metal sin moldear. Hace falta trabajar tanto la madera como el metal, darle forma nueva a cada uno de ellos. Y lo mismo sucede con nosotros. Los "vosotros" a que se refiere Pedro, antes de ser llamados a ser un real sacerdocio y un pueblo adquirido, ni siquiera eran pueblo. Quizá serían un conglomerado de personas, como unos pedazos de madera y unos montones de metal. Pero el llamado de Dios les ha transformado de tal modo que ahora sí son un pueblo; y no un pueblo cualquiera, sino "un real sacerdocio, una nación santa, un pueblo adquirido".

Por otra parte, es importante que veamos cuán radical es este llamado de Dios que nos hace "real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido". El pueblo a quien allá en el Antiguo Testamento Dios le promete que sería un real sacerdocio era un pueblo de esclavos, un pueblo que, salido de la esclavitud vivía en constante amenaza y frecuente opresión por parte de sus vecinos más poderosos. El pueblo a quien Dios le promete que sería una nación santa es ínfimo entre las naciones de su tiempo. Esos "vosotros" a quienes Pedro les dice que Dios les ha hecho "real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido" es una colección de personas despreciadas por la sociedad: esclavos, artesanos, mujeres. Pero es precisamente a esos "vosotros" que Dios ha reunido en un "real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido".

Es por esto que hay datos según los cuales en la iglesia antigua existía una costumbre que ha quedado olvidada desde hace largo tiempo. Los cristianos acostumbraban orar de rodillas todos los días de la semana. Pero en el día domingo se oraba de pie, porque ese es el día de la Resurrección del Señor; porque ese es el día de nuestra adopción por el Señor victorioso; porque ese día, como reyes y sacerdotes, nos acercamos a Dios, no ya como un humilde petionario se acerca a un rey, sino como lo hace el príncipe heredero. Aquellos esclavos,

aquellos artesanos, aquellos hombres y mujeres que frecuentemente apenas tenían qué comer, se podían acercar al trono del Altísimo como un real sacerdocio, como príncipes herederos del gran Rey.

Eso es lo que somos, nosotros y nosotras quienes no éramos pueblo, ahora somos "real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido".



Pero no basta con decir eso. Si me dan un martillo, no me basta con decir que lo que antes era un pedazo de madera y un montón de metal ahora es un martillo. Ciertamente, al volverse martillo tanto la madera como el metal vienen a ser algo nuevo. Tanto la madera como el metal cobran un nuevo significado, un nuevo valor. Pero ese nuevo significado y ese nuevo valor no se deben a que ahora la madera esté mejor pulida o que ahora el metal brille, sino en que ahora tanto la madera como el metal, ambos juntos, tienen un nuevo propósito. Lo que de veras le da valor al martillo es que sirve para clavar.

Nosotros y nosotras, a quienes Dios ha llamado, no solo a la existencia, sino a ser un "real

sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido", hemos sido llamados con un propósito, y el texto lo dice bien claramente: "para que anunciéis las virtudes de aquel que os ha llamado de las tinieblas a su luz admirable".

En este servicio nos reunimos para alabar a Dios, para confesar nuestros pecados, para alentarnos mutuamente, para orar unos por otros. En la iglesia frecuentemente nos reunimos para tomar decisiones, para discutir presupuestos, para elegir oficiales. Pero en fin de cuentas todo eso tiene un solo propósito: no nos reunimos para cantar himnos bonitos, o para escuchar sermones elocuentes, o para que una opinión prevalezca, para que se elija a alguien en particular, para que un informe sea bien o mal recibido, sino para que anunciemos las virtudes a aquel que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable. Es para eso que Dios nos llamó a la fe. Es para eso que Dios nos hizo "linaje escogido, real sacerdocio, nación santa". Es para eso que hemos sido hechos "pueblo adquirido por Dios": *para que* anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable.

Luego, todos los que estamos reunidos aquí hemos sido llamados y llamadas por Dios, primero,

a la existencia; y luego, a la fe.

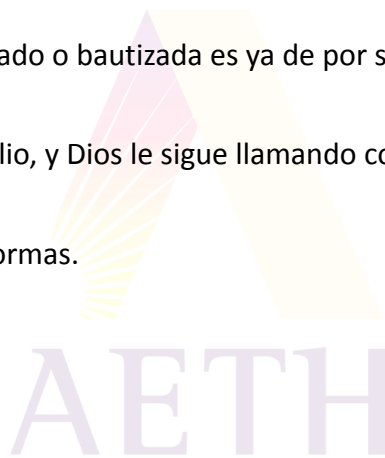
Pero hay todavía un tercer llamado, y ese es el tema que más nos ha de ocupar aquí. El mismo Señor que nos llamó a la existencia, el mismo Señor que nos llamó a la fe, es el Señor que sigue llamándonos a todos y a todas a una serie de ministerios. Es ese mismo Señor de quien se nos dice en Efesios que ha instituido toda una serie de funciones dentro de la iglesia, no para que esas personas sean especiales, no para que manden, sino "a fin de [para] perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo. Según ese texto, este tercer llamado es a la tarea de "perfeccionar a los santos [a ese pueblo santo, adquirido por Dios] para la obra del ministerio". Este tercer llamado hace de quienes lo reciben y responden a él a unos "apóstoles"—es decir, personas enviadas a otros lugares para proclamar la fe; a otros "profetas"—es decir, personas dedicadas a proclamar la Palabra de Dios ante el pueblo; a otros evangelistas, pastores, maestros, maestras. Y todo ello, con un solo fin, *para que* los santos sean perfeccionados *para* la obra del ministerio.

Una vez más, no se trata aquí de que Dios llame a unos y a otros no. No. Si existimos es porque

Dios nos llama. Si somos creyentes es porque Dios nos llama. Pero Dios no nos llama solo a creer, sino también a anunciar, a servir, a practicar toda suerte de ministerios.

Repetidamente se ha dicho que el bautismo es una especie de ordenación. Por el bautismo mismo somos parte de esa nación santa, de este pueblo adquirido, de este real sacerdocio.

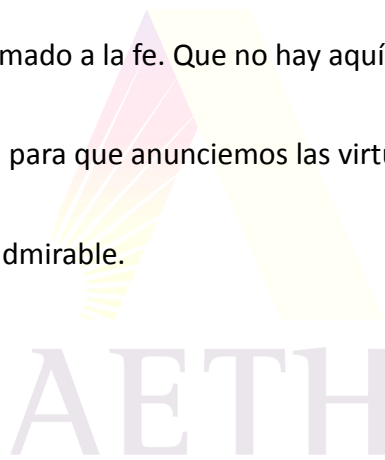
Pero lo somos "para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable". Quien ha sido bautizado o bautizada es ya de por sí parte de este real sacerdocio, es ministro o ministra del Evangelio, y Dios le sigue llamando continuamente a practicar el ministerio en alguna de sus mil formas.



Sin dejar a un lado los dos primeros llamados, el primero a la existencia y el segundo a la fe, tenemos que recordar este tercer llamado. Es este tercer llamado el que Dios sigue haciendo, y está haciendo a todos en este servicio. En medio de este "linaje escogido, real sacerdocio, nación santa", el mismo Señor que nos llamó primero a la existencia y luego a la fe está llamando a esta magna tarea de "perfeccionar a los santos para la obra del ministerio", de anunciar las virtudes de quien nos llamó de las tinieblas a su luz admirable —del que llamó a la

luz de las tinieblas, del que llama a la persona no creyente a quien nos acercamos, del que nos llamó a nosotros mismos, pues sin ese llamado no sólo no seríamos creyentes, sino que ni siquiera existiríamos.

Sin lugar a dudas, absoluta y tajantemente, hay que decir que Dios nos está llamando. Que no hay aquí una sola persona a quien Dios no haya llamado a la existencia. Que no hay aquí ningún creyente a quien Dios no haya llamado a la fe. Que no hay aquí ningún creyente a quien Dios no esté llamando a algún ministerio, para que anunciemos las virtudes de aquel que nos ha llamado de las tinieblas a su luz admirable.



¿Cómo sabemos a qué Dios nos está llamando? No es fácil saberlo. Pero sí tenemos indicios claros. El primero de ellos está en nuestros propios dones —no solo en los dones que pensamos tener, sino también y sobre todo en los que el resto de la iglesia ve en nosotros y nosotras. No olvidemos que, en el caso de Saulo, el llamamiento inicial vino por el Espíritu, no a Saulo solamente, sino a los que estaban congregados. Al decir que tenemos "dones" o "talentos", no es cuestión de jactarnos porque sabemos hacer algo mejor que los demás, sino que es más bien

cuestión de recordar que en la palabra misma, "dones" reconocemos que no son nuestros, sino que nos han sido dados por Dios. Nos han sido dados por Dios, como diría Pablo, "perfeccionar a los santos [es decir, a toda la iglesia] para la obra del ministerio [es decir, al ministerio de toda la iglesia]"; o, como diría Pedro, "para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable".

Por otra parte, si en primer lugar tenemos que considerar los dones que hemos recibido, en segundo lugar tenemos que considerar las necesidades del mundo, y cómo nuestros dones responden a ellas. Sin esa consideración, bien podemos malgastar los dones que Dios nos ha dado. Quien tiene el don de la predicación, y lo emplea para hacerse famoso y para construir una especie de imperio eclesiástico, como tan frecuentemente sucede en nuestros días, está malgastando los dones que Dios le ha dado. Quien tiene el don de la administración y lo utiliza para enriquecerse explotando a los demás, como también sucede frecuentemente en nuestros días, está malgastando el don de Dios. Los dones nos han sido dados con un propósito: que anunciemos las virtudes de aquel que nos ha llamado de las tinieblas a su luz admirable. Luego, al considerar el llamado que Dios nos está haciendo, la segunda consideración es cuáles son y

dónde están las tinieblas que nuestros dones pueden iluminar. Dios nos llama aquí, sí; pero Dios no nos llama a quedarnos aquí, sino que nos llama para al mismo tiempo enviarnos. El llamado de Dios, al tiempo que es un llamado, es también un envío.

Precisamente porque es envío, el llamado de Dios también implica riesgo y hasta pérdida. Los primeros discípulos de Jesús tuvieron que dejar sus redes. Desde entonces, no ha habido verdadero discipulado que no cueste dejar algo. Los discípulos dejaron sus redes. Los mártires dejaron sus vidas. Los misioneros dejaron sus hogares. Quienes ocupan el pastorado, frecuentemente han tenido que dejar otras ocupaciones más prestigiosas y mejor remuneradas. Quien da testimonio a sus compañeros de trabajo se arriesga a que le contesten mal. Quien busca que se haga justicia en el seno de la sociedad probablemente sufrirá injusticia. Quien toma el partido de los excluidos será excluido. Quien proclama la verdad será acusado de mentiroso.

Por todo ello, el llamado no es fácil. Por todo ello, lo más común es la famosa respuesta de Lope de Vega al Señor que tocaba a su puerta:

Y cuántas, hermosura soberana,
"Mañana le abriremos," respondía,
¡Para lo mismo responder mañana!

Recuerdo que cuando yo era joven (¡hace muchísimos años!) Nos gustaba mucho un poema de Amado Nervo sobre el llamado divino. Comenzaba el poema "Si tú me dices "¡Ven!", lo dejo todo" Y luego decía:

Pero dímelo fuerte, de tal modo
que tu voz, como toque de llamada,
vibre hasta el más íntimo recodo
del ser, levante el alma de su lodo
y hiera el corazón como una espada.

Ahora que han pasado los años, y recuerdo aquellos tiempos, me doy cuenta de que, al tiempo que exaltábamos la importancia del llamado, el poema mismo nos servía para no tener que responder. "Pero dímelo fuerte," decíamos, y con ello dábamos a entender que si no respondíamos era porque el llamado no había sido suficientemente fuerte y claro. En otras palabras, que la culpa era del Señor, y no nuestra. Y así, al tiempo que nos las dábamos de muy religiosos y devotos, podíamos seguir nuestro propio camino, siempre en espera de que el llamado fuera bien fuerte, bien claro; tan fuerte, que no pudiéramos dejar de responder. Mientras tanto, si no respondíamos, era el Señor quien no nos había llamado con suficiente fuerza. Pero lo cierto era que, como sucedía con Amado Nervo mismo, en el fondo no queríamos responder, y por ello exigíamos un llamado cada vez más fuerte.

¡No! El llamado de Dios puede venir como viento huracanado o como silbo apacible. Pero si no lo escuchamos no es porque no esté claro o porque sea demasiado suave, sino porque no queremos escucharlo.

Y hay entonces otra excusa para no escuchar el llamado. Hay quien dice: "Señor, estoy dispuesto (o dispuesta) a escuchar tu llamado, pero dime a dónde conduce el camino a que me llamas, pues quiero saber a dónde voy antes de dar el primer paso". Pero no es así que el Señor llama. El apóstol Pablo, en su famosa experiencia camino a Damasco, no recibe más instrucciones que la de ir a Damasco. Después, cuando está con otros en Antioquía, recibe el llamado misionero. Más adelante, cuando cree que ha cumplido con ese llamado, recibe la visión del varón macedonio.... A Pedro y sus compañeros, Jesús no les explica mucho, sino que les dice solamente "venid en pos de mí, y yo os haré pescadores de hombres". No les da detalles acerca del largo camino por delante. Sencillamente les llama, y la fe de ellos se manifiesta en que en respuesta a ese llamado que no está del todo claro dejan sus barcas y sus redes y salen en pos del Maestro.

Nuestro Dios es el Dios que llama. Es el Dios que en aquella primigenia noche oscura, en medio de un espacio tan vacío que ni aun espacio había, llamó a la luz a la existencia. Es el Dios en cuyos labios resonó la voz: "¡Sea!"—y fue. Es el Dios ante cuyo sonoro llamado, como otras tantas notas en una gran sinfonía cósmica, surgieron los astros, los planetas y las galaxias. Es el Dios a cuyo silbo apacible responden los ínfimos electrones, danzando en ruedo en una coreografía cuyo orden mismo da testimonio de la atención que Dios le presta al más mínimo detalle de la existencia. Es el Dios que un día, en lo secreto de una matriz, dijo "Sea Pedro", "Sea María", "Sea Fernando"—y Pedro fue, y María fue, y Fernando fue. Es el Dios que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable; el Dios por cuyo llamado nosotros, quienes antes no éramos pueblo, hemos sido hechos "linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios". Es el Dios que un día, a orillas del lago de Genesaret, les dijo a unos pobres pescadores: "Venid en pos de mí, y yo os haré pescadores de hombres". Es el Dios que otro día, en medio de la iglesia de Antioquía, dijo: "Apartadme a Saulo y Bernabé para la obra a que los he llamado".

Y el Dios que llamó a la existencia a galaxias y electrones, el Dios que llamó a la iglesia de las

tinieblas a su luz admirable, el Dios que llamó a Pedro y a Pablo, ese mismo Dios sigue
llamando, llamando, llamando.... ¡Ven! ¡Ven! ¡Ven! Amén.

